



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 18008

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor 24

JUEVES 16 DE MARZO DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreta, rue Cassini 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Al mismo diapason

La noticia del desastre de Mukden ha causado en San Petersburgo dolorosas impresiones. El Czar se ha mostrado abatido; quiza ha llorado al ver sus ejércitos rotos; pero reaccionando enseguida y recuperando la virilidad, ha reunido el consejo de ministros y ha acordado proseguir la guerra á todo trance.

En Tokio sucede todo lo contrario. En el Imperio japonés, al saberse la noticia de la rotura de Mukden, se ha acordado proseguir la guerra á todo trance. En Tokio sucede todo lo contrario. En el Imperio japonés, al saberse la noticia de la rotura de Mukden, se ha acordado proseguir la guerra á todo trance.

Las demás naciones se ven que con eso de Mukden se ha acabado la guerra. No se acaba, pues también en Tokio, como en San Petersburgo, se ha acordado proseguir la lucha.

Amós naciones están en la misma tesitura. Rusia busca el desquite. El Japon se dispone á impedirlo y rusos y nipones seguirán ofreciendo el espectáculo sangriento que han dado en Port-Arthur, en Liao Yang, en Mukden y en Tieling. Cada etapa de esa guerra gigante costará millones de vidas. Las sacrificará el amor propio, no la esperanza de un cambio de suerte, porque a la altura que está la campaña y con el derroche de sangre y dinero realizado, no es de presumir que aquella experimente un torcimiento favorable á las armas moscovitas.

¡Proseguir la guerra!... ¡Pero si Rusia no la quiere y por eso se agita y protesta, unas veces á gritos y otras á balazos! Si el Japon á pesar de sus triunfos se empobrece y desangra! Si el acuerdo de proseguir luchando como fieras no puede responder á

otro fin que al de poner á salvo orgullos que no pueden valer los militares de vidas que van á costar!

La guerra es inhumana, pero ninguna como esta en que se encuentran empeñados japoneses y rusos. Medio millón de hombres lleva ya enterrados y se apresta á completar el millón.

¿Y qué hacen entre tanto las naciones? ¿No ha llegado la hora de tutelar la mediación? Los egoísmos que informan su conducta son tan grandes que entre ellas nada significan las centenas de miles de seres que están destinados á perecer en la Mandchuria?

Seguirá la guerra. Continuarán detonando las armas de fuego. Se repeliran esos fieros combates cuyo relato ya va repugnando. Las mujeres rusas y japonesas seguirán llorando, las primeras por rusas y por madres y las segundas por madres nada más; pero tantas pueden ser las lágrimas, que se tornen en mar y naufraguen en ella los que contribuyen á que se derrame.

TIJERETAZOS

Ahora resulta que los que van garando en la Mandchuria son los rusos.

Lo ha dicho un inglés. Y lo explica así:

«A medida que los japoneses avanzan, se van retirando de su base de operaciones y aprovisionamiento, ocurriendo lo contrario á los rusos que se van acercando á las suyas.»

De este razonamiento deduce el inglés el siguiente resultado:

«Kuropatkins va de victoria en victoria.»

¡Qué apresura va á llevar Kuropatkins cuando se entere de la opinión del doctor inglés!

Ahora sí que va á retroceder á gusto.

La prensa del oficial nipón que se cargó de dinamita explotando en medio de un

grupo de guerrigeros, es una lágrima, comparada con la que ha resultado un artillero ruso.

Figúrese el lector una batería con todos sus sirvientes.

Los nipones abrieron el fuego contra ella, desmontando todos los cañones, menos uno, á cuyo servicio quedó un solo artillero que siguió disparando hasta consumir el último cartucho.

Los japoneses avanzaban y el cañón iba á caer en su poder sin que el valiente artillero lo pudiera impedir. Mas de pronto tuvo una inspiración. Cortóse de un sablazo la cabeza; la metió en el cañón, é hizo con ella el último disparo.

¡Qué tal el artillero! La noticia se comunicó. La ha comunicado la agencia Camelariz por la vía Infundiópolis.

Dice un periódico que en las elecciones celebradas el domingo en Madrid, se presentó á votar por el Sr. Dato su ayuda de cámara.

¡Para algo se tienen los sirvientes.

Filosofía pesimista

Convencionalismos

De todos los «convencionalismos» que forman el complicado tejido de la vida social, no conozco otro más claro y evidente que el convencionalismo contenido en estas tres palabras vagas, vagas, sin sentido real y positivo: «los sentimientos humanitarios.»

¡Qué quiero decir eso...! Los sentimientos de humanidad!

¡Una gran mentira, un embuste intolerable, una farsa ridícula!

¡Pueden alegrarse tales sentimientos en una época, en un momento en que el mundo entero contempla con los brazos cruzados la lucha brutal, despiadada, que en el Extremo Oriente trata la existencia de muchos seres!

El interés dramático, el genio trágico, el movimiento novelesco despiertan curiosidad.

Se entonan cánticos de admiración, real ó fingida, á la epopeya, al heroísmo denotado, al valor sin ejemplo, y no se reza una oración por los muertos, ni se vierte una lágrima sobre sus improvisadas y lejanas tumbas.

Si eso de los sentimientos de humanidad, no representara un simple convencionalismo, las gentes estarían atoradas, con juergas, horrores, medio muertos, ante las noticias, impregnadas de grandísima amargura, que un día y otro día vienen de la Mandchuria.

¡Es una tragedia viviente, enorme, colorada!

¡Y la humanidad sigue divirtiéndose!

¡Y los españoles tirándose los trastos á la cabeza por la hora á que han de concurrir los teatros, y los franceses riendo descomunal batalla por la reforma de su ortografía!

Siempre sucedió lo mismo.

¡Verdad! ¡Cien veces verdad!

Porque la Humanidad fue siempre lo mismo.

No son los pretendidos sentimientos humanitarios los que nos acercan á nuestros semejantes; son otras mil causas diferentes, y ellas no pocos «egoísmos».

¡Qué nos importan los gases ni los japoneses!

Están muy lejos; ni de vista los conocemos...

¡Tendrán madres, tendrán esposas, tendrán hijos!

Ellos se encargarán de horrores... no por sentimientos humanitarios, sino por otros sentimientos distintos.

Los franceses se asustan, se alarman, se entristecen cuando el telégrafo les dice que la escuadra rusa se ha sumergido en el fondo del mar, que Port-Arthur ha caído en manos del Japon, y que Kuropatkins, después de perder Mukden, huye con sus tropas á la desbandada.

Pero los franceses se estremecen, no por sentimientos de humanidad, sino por sentimientos egoístas, porque piensan que han realizado un mal negocio llevando sus ahorros á los empréstitos rusos.

Inglaterra se frota las manos de gusto, sospechando que el Japon impondrá la ley del vencedor á Rusia.

Las demás Naciones se encogen de hombros, ó calculan los inconvenientes y las ventajas que les reportará el resultado de la lucha.

Y los poetas sueñan con las estrofas sonoras que podrán entonar á los heroicos «marchadores».

¡Todo eso es viejo! ¡viejísimo!... La Humanidad es también... tan vieja como el «convencionalismo» que encierran estas tres palabras: «los sentimientos humanitarios».

No son sentimientos ridículos, ni dignos de mujer, ni llanto de socialista.

¡El espectáculo de la guerra ruso-japonesa es un espectáculo para la Humanidad!

Cada semana, treinta y cuarenta mil hijos de madre fuera de combate!

El recuerdo del mandarín de Baise resurge vibrante, una vez más, en la mente.

¡Por qué no traerlo á nosotros á todas horas!

El espiritual escritor habla de él en uno de los libros que forman su «Comedia humana».

Balzac dijo:

«Si á cualquier europeo se le anunciara que oprimiendo un botón, dejaría de existir instantáneamente un mandarín de la China, su curiosidad por aprender cuál sería el resultado de la batalla con sus sentimientos humanitarios.»

Y Balzac concluye exclamando: «¡Pobres mandarines!»

¡Balzac conocía á la Humanidad!

Juan de Irujo.

(De Los Espéculos).

La situación vitícola en Francia

En el Mediodía, después de unos días de temperatura relativamente templada, ha aparecido de nuevo los fríos que han impedido en cierto modo el prematuro desarrollo de las vides y evitado por consiguiente, por momento, los efectos desastrosos que pudieran ocasionar más tarde las heladas primaverales. Si estas tienen lugar se resolverá en parte, la actual crisis vitícola francesa que tanto influye en la importación de vinos.

El Director de la Estación Vitícola de Cognac acaba de publicar en sus notas mensuales las siguientes indicaciones para preservar á la vid de los daños ocasionados por las heladas y que reproducimos por la utilidad que pueden reportar á nuestros viticultores.

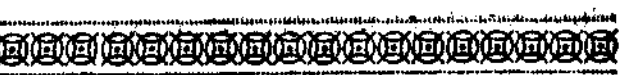
Son á saber:

Cuando se trata de nuevas plantaciones en sitios muy expuestos á estos accidentes meteorológicos, deberán elegirse plantas de desarrollo tardío y efectuar en ellas una poda muy larga que no sea muy exagerada.

En todos los demás vitales, la época en que se verifique la poda influirá de un modo muy directo en los efectos de las heladas.

Pero este arreglo no debió ser del agrado de Francisco, porque contestó: —¡Cuánto siento que esto no sea posible! Tengo el caballo á la puerta, al cuidado de un mozo, y no podemos examinar juntos. —Pues entonces, decidme dónde os alojáis en la ciudad, á fin de que pueda ir á veros. —Cuando llegué me apeé en la primera posada que encontré al paso, y estoy allí muy á disgusto; así es que voy á echarme á buscar, acto continuo, un hospedaje más conveniente, y tan luego como lo hallé, iré yo á visitaros, como está en el orden. De todos modos, no dejaremos de encontrarnos aquí, donde vendré con frecuencia aceptando la invitación de nuestras parientas.

guna alusión á las condiciones impuestas por el testamento de su padre á María de Merville. Con una delicadeza calculada, dejaba adivinar que su prima sería absolutamente libre en su elección y que no consideraría la repulsa de María como un obstáculo á sus beneficios. Así es que las señoras parecieron encantadas de tan generosos sentimientos y el mismo Daniel empezaba á echarse en cara sus desconfianzas hacia su pariente. Después de conseguido este resultado, Francisco, que comprendía que no podía añadir nada á la impresión producida, se levantó para retirarse. —Volveréis con frecuencia á veros, sobrino mío, vendréis todos los días, —dijo la marquesa tendiéndole la mano, que Francisco besó con bastante torpeza; —lo mismo mi hija que yo os recibiremos con mucho gusto. María confirmó con una graciosa sonrisa la invitación de su madre; Ladrange se había levantado también para despedirse. —Supongo, señor Francisco, —dijo— que volveréis á Chartres, como yo, y en tal caso podemos, al gusto, hacer el camino juntos.



Saludó y se dispuso á salir. —¡Daniel! —exclamó la señora de Merville. —¡Sobrino mío, escuchad! —¡Año la marquesa. Pero ya el Guapo-Francisco, que comprendía el peligro de dejar salir al joven magistrado en disposiciones tan hostiles, se había adelantado hacia él reteniéndole por el brazo.